

El poder de crear

Ana María Matute. *Biblioteca Ana María Matute*
Colección de bolsillo.
Plaza & Janés. Barcelona, 1999.

DEFINITIVAMENTE recuperada para nuestra vida literaria y bien instalada en su flamante sillón de la Real Academia Española, donde por ahora ocupa en solitario el puesto que representa a todas nuestras abundantes escritoras –y que, aunque debiera haber más, nadie puede ni quiere discutirse, tal es la autoridad que su nombre inspira– sólo nos quedaría hoy que esta instalación, representación y autoridad se alimentaran de una vez con algún nuevo producto de su indiscutido poder de creación, del que con tan brillante abundancia nos ha dado testimonio a lo largo de su otrora fecunda carrera. Pues si su «encaje» inicial dentro de la narrativa del realismo comprometido español de mediados de siglo fue siempre algo tan precipitado como abusivo –lo que constituía ya un enigma desde el principio– se le fueron añadiendo después muchas más dificultades para el examen imparcial y objetivo de su obra, que crecía de manera tan densa como implacable, para desembocar al final en un tan largo paréntesis de casi veinticinco años de silencio que terminó felizmente hace tan sólo tres, cuando ese descomunal bloque narrativo, lírico, mítico y fantástico como *Olvidado Rey Gudú*, volvió a abrir todas las esperanzas y depositó a su autora en el primerísimo lugar que hoy ocupa al lado de los más grandes.

¿Cómo puede un escritor sobrevivir durante un cuarto de siglo a su propia inexistencia? ¿Cuál es el misterio que lo mantiene vivo? ¿Acaso nuestro espasmódico mercado puede soportar tamaña heterodoxia? Nuestra industria cultural exige productos sin parar; los fabrica y prefabrica de manera tan opresiva como urgente y apremiante para poder consumirlos con toda celeridad, extraerles toda su rentabilidad de modo tan rápido como inclemente, pues se juega su propia existencia (la del mercado mismo, claro) de la que todos dependemos al final. ¿Cómo soportar el implacable *pressing* del mercado, que usa y abusa de nuestros escritores hasta exprimirles todo su jugo, hasta obligándoles a autoextraerse los más vegetativos e insignificantes? No creo que sea muy difícil poner ejemplos en esta lista negra de quienes se ven obligados a publicar sin parar, hasta fabricando lo que no tienen: hay demasiados.

Pues éste fue el desafío que Ana María Matute asumió desde 1971, fecha de publicación de *La torre vigía*, hasta que en 1996 publicó la gigantesca fábula del *Olvidado Rey Gudú*, aunque sin proponérselo como tal, pues se trata de una escritora tan libre como independiente, tan espontánea como indeliberada, y todo este silencio no fue más que un resultado con el que además ella seguía sin estar de acuerdo. Durante ese cuarto de siglo, pese a todo, Ana María Matute seguía estando presente entre nosotros, no se había ido, a veces reeditaba algunos cuentos, corregía otros, sus libros seguían publicándose porque seguían teniendo lectores, claro está, participaba en actividades literarias de todo tipo, daba clases en el extranjero, se le elegía para congresos, conferencias y reuniones de escritores, y todo ello en medio de un silencio narrativo que ya iba siendo demasiado elocuente, estruendoso, hasta escandaloso. Podríamos decir

Aunque, si se piensa bien, el verdadero escándalo literario hubiera sido el contrario, el que, por mor de su silencio, la obra de Ana María Matute hubiera desaparecido del mercado por el escotillón del olvido, ese «Olvido» que reina en el territorio de los Reinos Occidentales donde naufragó toda la historia del reino de Olar (véase *Gudú*, ¡qué gran intuición la de la escritora en su última gran novela!). El verdadero escándalo, por ejemplo, es el de una «milenaria lista» reciente donde ni siquiera aparecen esos dos grandes silenciosos que fueron Pessoa y Rimbaud, más vivos y vigentes que esa misma desdichada encuesta que ya está dejando de serlo casi antes de terminar de nacer, como las listas de libros más vendidos que sólo duran una temporada (cuando lo hacen) y se renuevan sin parar; y así no hay manera de (pre)fabricar ningún canon duradero. La obra de Ana María Matute siguió estando presente entre nosotros porque sus libros poseían tal envergadura que seguían ahí, a nuestro alcance, triunfando sobre el olvido, sobre el silencio –que no lo era– de su autora.

Su obra, además, se publicó de manera desordenada y a trancas y barrancas desde muy pronto –empezó a escribir a los cinco años– y sus tres primeras novelas datan de sus diecisiete, diecinueve y veintiún años aunque aparecieron de manera bastante desordenada: primero la segunda (*Los Abel*, finalista de un Premio Nadal en 1948), después la primera (*Pequeño Teatro*, Premio Planeta en 1954) y al final la tercera y más comprometida, *En esa tierra*, en una edición que la censura destrozó en 1955 de tal manera que la escritora renunció a reeditarla, la suprimió de aquellas beneméritas *Obras Completas* en las que Destino reunió en cinco preciosos volúmenes sus primeros veintidós títulos entre 1971 y 1976, y que al final, bastante reescrita y corregida, se republicó con su título casi inicial de *Luciernagas* en 1993. Así pues, su obra se inició cara al público a finales de los cuarenta, precediendo de manera individual al realismo comprometido del decenio siguiente, al que sin embargo la unieron su postura ética y civil, su condición de «niña de la guerra» –o de «da posguerra», como gusta decir– y sus amistades y camaradería con muchos de sus compañeros mártires, como Juan Goytisolo, que también, como ella, iba por libre en sus principios por Barcelona, Castellet y Barral después, o el más coherente primer grupo de Madrid, el de los Aldecoa: Jesús Fernández-Santos, Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité y así sucesivamente.

Pero nunca fue una «realista social» de verdad, lo que causaba el desconcierto de la crítica. Era demasiado «literaria», lírica, poética, tentada por la retórica hasta en sus libros más comprometi-



dos. Castellet llegó a decir que su estilo era «tan brillante como peligroso» –menos mal– mientras José Domingo la caracterizó mejor hablando de «realismo poético», donde los influjos de sus lecturas infantiles, que reaparecerían en sus libros de cuentos y en sus dos novelas finales, desembocaban en Dostoievski, Emily Brontë y Faulkner; cuánta osadía. Y siempre los mitos de Peter Pan, de Caín y Abel, o las huellas de la Guerra Civil estaban ya en el fondo de todo, con la fascinación por la infancia destrozada, el instinto de fuga, la incomunicación, la violencia y el caísmo que presiden las relaciones humanas y sociales en el mundo contemporáneo. Con lo que se demuestra que en literatura vale más pecar por exceso que por defecto, que es más fácil cortar de lo que se tiene que añadir lo que no se tiene, no se olvide.

Y aquí tenemos esta excelente colección de bolsillo, de la que ahora aparecen ocho primeros títulos, aunque ninguno de ellos de las tres novelas iniciales citadas, ni tampoco de las dos finales. Aquí están su primera obra maestra, *Fiesta al Noroeste* (1952), con la que se relacionan los relatos de *Historias de la Artámila* (1961), la trilogía compuesta por *Primera memoria* (Premio Nadal en 1960, otra de sus cumbres), *Los soldados lloran de noche* (1964) y *La trampa* (1969), así como otra de las más grandes, *Los hijos muertos* (1958, premios de la Crítica y Nacional de Literatura), más dos libros de relatos espléndidos, *El tiempo* (1957) y *Tres y un sueño* (1961). Bien, una vez más Ana María Matute está en nuestro bolsillo, perdón, en nuestras manos, y aunque falta todavía bastante, lo que más necesitamos es lo que todavía no nos acaba de dar, desde sus «inhabitados paraísos» hasta lo que se le antoje, pero que no nos deje otra vez con la miel en los labios, que la sequía anterior fue en realidad demasiado larga para que se vuelva a repetir. Ánimo y adelante.

Rafael Conte



SOLEDAD PUÉRTOLAS

La señora Berg

Una novela de espléndida madurez en la que Soledad Puértolas alcanza y aun supera el altísimo nivel de sus últimos libros

